

BIBLIOTECA DE **Sociología**

VIVIR EL CAMBIO. ENFOQUE DESDE LA SOCIOLOGÍA

Ander Gurrutxaga Abad
Auxkin Galarraga Ezponda




EDITORIAL
SÍNTESIS

**VIVIR EL CAMBIO.
ENFOQUE DESDE
LA SOCIOLOGÍA**

PROYECTO EDITORIAL:
SOCIOLOGÍA

Coordinador:
Cristóbal Torres Alberó



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

VIVIR EL CAMBIO. ENFOQUE DESDE LA SOCIOLOGÍA

Ander Gurrutxaga Abad
Auxkin Galarraga Ezponda



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Fotografía de portada: José Ángel Miranda

© Ander Gurrutxaga Abad
Auxkin Galarraga Ezponda

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-202-4
Depósito Legal: M-14.892-2022

Impreso en España. Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

Índice

Introducción	9
---------------------------	----------

PARTE I **EL CAMBIO SOCIAL Y SUS FUENTES**

1. La tradición sociológica y el cambio social	21
1.1. Introducción	21
1.2. Interpretaciones y explicaciones de la modernidad	22
1.3. Los debates sobre la modernización, la convergencia y las modernidades múltiples	30
1.4. El poder de las redes, las interconexiones y la complejidad	33
1.5. Cuestiones para la reflexión y el debate	36
2. La multidimensionalidad del cambio social	37
2.1. Los contextos de las rupturas entre economía, política, sociedad y cultura	37
2.2. La emergencia del nuevo espacio global	41
2.3. La promesa asiática: la mirada hacia Oriente	45
2.4. Cuestiones para la reflexión y el debate	49
3. Las críticas al eurocentrismo: desoccidentalizar la historia	51
3.1. Las aportaciones desde la Historia	51
3.2. Experimentos, procesos de aprendizaje y conocimiento social	56

3.3. El papel de las instituciones en el desarrollo social y el crecimiento económico	60
3.4. Cuestiones para la reflexión y el debate	76

4. Los recursos para el desarrollo de la sociedad tecnológica	77
4.1. Introducción	77
4.2. El poder de las redes y las ubicaciones	78
4.3. Variedades de entornos de innovación	80
4.4. Innovar la desindustrialización	84
4.5. La caja de herramientas teórica sobre qué innovar	88
4.6. Cuestiones para la reflexión y el debate	93

5. La ansiedad sobre el futuro	95
5.1. Introducción	95
5.2. Las consecuencias no previstas de la innovación tecnológica: la sociedad auxiliar	96
5.3. La reflexión desde la política	102
5.4. Las respuestas desde la innovación social o la aspiración de la gestión del futuro	106
5.5. Cuestiones para la reflexión y el debate	116

PARTE II

PROCESOS Y RECURSOS PARA COMPRENDER EL CAMBIO

6. Las consecuencias del poder de la tecnología	119
6.1. La aceleración y el auge de la sociedad de la vigilancia	119
6.2. La presencia social de la tecnología	122
6.3. Reconstruir la historia o disolver la privacidad	125
6.4. Las habilidades y competencias ante la aceleración del cambio	127
6.5. Cuestiones para la reflexión y el debate	131

7. La fábrica avanzada y la industria 4.0	133
7.1. Introducción	133
7.2. El nuevo paradigma industrial	133

7.3.	Las industrias emergentes y el conocimiento social	138
7.4.	Las consecuencias no atendidas de la cuarta revolución industrial	145
7.5.	Cuestiones para la reflexión y el debate	148
8.	Hablemos de la desigualdad. La cuestión	149
8.1.	Introducción	149
8.2.	Los datos de la desigualdad	149
8.3.	La persistencia de la desigualdad mundial y los efectos de la crisis económica en Europa y en España	152
8.4.	Los efectos sociales y políticos de la desigualdad económica	158
8.5.	Cuestiones para la reflexión y el debate	166
9.	La estructura social del conocimiento tecnológico	167
9.1.	Introducción	167
9.2.	Los poderes sociales en la era tecnológica: fuentes y consecuencias	167
9.3.	Las estructuras sociales en la era tecnológica del conocimiento	176
9.4.	Cuestiones para la reflexión y el debate	180
10.	Democracia, política e historia	181
10.1.	Introducción	181
10.2.	Las características de las sociedades democráticas en el contexto actual	182
10.3.	La desestabilización de la democracia	188
10.4.	Las nuevas formas de comprender la política: de la imitación a la ingeniería	197
10.5.	Cuestiones para la reflexión y el debate	207
11.	Las vinculaciones sociales	209
11.1.	Introducción	209
11.2.	Las trayectorias vitales y la idea de futuro	210
11.3.	Los cosidos sociales: el hogar y el santuario	212
11.4.	La comunidad y los desvelos de los clásicos	216
11.5.	Otros vínculos: el capital social	223

11.6. La comunidad de los individuos	229
11.7. Cuestiones para la reflexión y el debate	236

12. Incertidumbre y desmoronamiento	237
12.1. Introducción	237
12.2. Incertidumbre e innovación como imágenes del presente ...	238
12.3. Los nuevos roles del conocimiento experto	242
12.4. La realidad del desmoronamiento	248
12.5. Los retos del futuro y el espíritu de Davos	253
12.6. Cuestiones para la reflexión y el debate	260

13. La fragilidad y la vulnerabilidad de la sociedad	261
13.1. Introducción	261
13.2. Covid-19: la generalización de la inestabilidad y de la incertidumbre	261
13.3. El regreso del Estado y el poder de lo público	269
13.4. La revolución tecnológica y las disonancias sociales	272
13.5. Consecuencias estructurales de la fragilidad social	282
13.6. Cuestiones para la reflexión y el debate	283

PARTE III CONCLUSIONES

14. Preguntas abiertas y perspectivas del cambio	287
14.1. ¿A qué conclusiones arriba la lectura de la realidad del cambio social propuesto?	287
14.2. ¿Con qué instrumentos cuenta para abordar las cuestiones que desatan los procesos descritos y qué les une?	292
14.3. Cuestiones para la reflexión y el debate	302

Bibliografía	303
---------------------------	------------

La multidimensionalidad del cambio social

2.1. Los contextos de las rupturas entre economía, política, sociedad y cultura

En Éfeso, hacia el año 540 a. C, nació Heráclito. Se le atribuye la idea fundacional de la teoría del cambio: “Todo fluye, nada permanece”. Introdujo en las redes del conocimiento la idea de que el cambio libera tensiones y que si cesan el mundo se paraliza. A las teorías del cambio les ocurre, como dice el premio Nobel de Física M. Gell-Mann (1995), que nos sitúan en una situación semejante a ir en un coche rápido por la noche, por un entorno desconocido, con muchos desniveles y socavones en el camino y un precipicio cerca. Un faro, por débil y parpadeante que sea, podría evitar algunos de los peores desastres. Al fin y al cabo, el análisis que el libro desarrolla entra en territorios basados en teorías que experimentan con hechos que señalan que a lo largo de miles de años los seres humanos aprenden a resolver los desafíos que proceden del medio natural y social; configuran redes sociales, construyen cajas de herramientas que contienen información y conocimiento, con objeto de transferirlo a otros individuos y grupos para generar respuestas a los dilemas que promueven el cambio y transforman lo aprendido en conocimiento innovador.

El resultado se refleja en teorías, ideas y conceptos. Denominaciones como las de *sociedad del riesgo*, *modernidad reflexiva*, *sociedad de la información* o *modernidad líquida* son expresiones de enunciados comprensivos que quieren explicar el cambio global; ideas como las de *sociedades de referencia*, *epicentros de modernidad*, *postmodernización* o *modernidades múltiples* tienen suficiente capacidad analítica para sustituir la herencia de las teorías clásicas de la modernización. Los conceptos que mejor lo visualizan son los de *red*, *complejidad*, *aprendizaje colectivo*, *equilibrio inestable*, *incertidumbre*, *estructuras disipativas*, *caos* o *entropía*. Todos se refieren

a sociedades cargadas de incertidumbre, inseguras, inestables, vulnerables y frágiles, con referentes abiertos que explican que la complejidad del orden global no se puede comprender desde categorías analíticas donde priman lo obvio y evidente.

La teoría tradicional no capta la época desde donde emergen sistemas no lineales, la complejidad o la aceleración del cambio histórico. La interdependencia e interconexión son dos rasgos básicos de la complejidad que se asocian con el descubrimiento de que hay hechos que no pueden ser abordados desde criterios de estabilidad lineal, equilibrio sistémico e integración exitosa. La multidimensionalidad define contextos y referencias que permiten abordar objetos complejos. Lo que enseñan las referencias es que cada elemento establece relaciones múltiples con todos los demás; la complejidad supone abundancia de relaciones y conlleva las llamadas a privilegiar los flujos y a comprender lo que prima en el análisis del dinamismo, la variación y las variables temporales. El sentido histórico enseña que no hay dos sociedades similares; los procesos están interconectados mediante redes donde destacan el grado e intensidad de la interconexión de lo simple a lo complejo y desde lo complejo a lo simple. La conclusión es que el presente se reconoce mediante redes y en la conexión entre rasgos y referencias del tiempo (Gurrutxaga y Galarraga, 2018a).

La desorganización no es un elemento extraño a la tradición sociológica. Marx señala la lucha de clases como la fuente básica de los cismas fundamentales del orden capitalista, al tiempo que cree saber que el nuevo orden nacerá de esas cenizas. Durkheim cree que la expansión de la industria combina la división del trabajo con el individualismo moral. Si para Marx la alienación figura en el plan de vida de los individuos, Durkheim ve en la anomia la señal de que la integración puede tener problemas para contener las rupturas que provocan las condiciones de la vida moderna. Max Weber entrevé que la paradoja cruza el mundo moderno: el progreso material y el triunfo de la racionalización se obtienen a medida que se pagan los costes del éxito de la burocratización: el *enjaulamiento* de la creatividad y la autonomía individual. La integración no es algo resuelto; al contrario, hay amenazas que lo hacen posible tantas veces como lo transforman en imposible.

Las teorías que explican el cambio son la galería de retratos y paisajes (Nisbet, 1979), el depósito de fórmulas y descripciones que no terminan en el momento de cerrar la exposición, como si se fuesen actores que representan el drama y cerrando la obra que representan. Las preguntas ven las dimensiones de la ruptura y el carácter de las respuestas. La situación conduce a definir con precisión el problema cuando la sociedad es nueva en muchos aspectos y sorprendente en la mayoría de ellos. Tan nuevos que coincidimos con R. Rorty (1997) cuando escribe que hay que buscar un nuevo vocabulario para entender lo que pasa.

La imagen fuerte la proporciona, por ejemplo, A. Giddens (2000) con la idea-metáfora del *mundo desbocado*. Este (el mundo) no encuentra descanso en las últimas décadas. El repaso a la obra escrita por politólogos, sociólogos e historiadores señala

que los vocablos que más se repite son las palabras *cambio*, *desorganización*, *incertidumbre*. Se vive, en los comienzos del siglo *xxi*, bajo las consecuencias de la ruptura entre economía-sociedad-política y cultura. Esta tuvo la plasmación exitosa en las décadas de los cincuenta, sesenta, setenta y ochenta del siglo *xx*.

El pacto funciona hasta comienzos del siglo *xxi* (Judt, 2011) de forma implícita y explícita. El rostro vincula ámbitos y situaciones sociales; la economía, por ejemplo, basa la legitimidad en la confianza que depositan los ciudadanos en la provisión de la seguridad material. La manifestación del pacto es el pleno empleo y la redistribución de la riqueza acumulada. El objetivo no es que la economía termine con las lacras sociales o instaure la igualdad perfecta sobre la tierra; basta con que los ciudadanos tengan acceso a partes de la riqueza producida. La quiebra de la confianza –primer paso para el cuestionamiento del contrato– se produce, por ejemplo, si el pleno empleo deja de ser la evidencia para transformarse en lo que se demanda pero no se alcanza. El incremento rápido, veloz, brutal del paro es el rostro visible de la ruptura. Por otra parte, corre en paralelo –cuando no se cruzan– al empeoramiento de la redistribución de la riqueza. En algunos casos, las sociedades se hacen más pobres, y no porque produzcan menos, a veces también, sino porque redistribuyen mal la riqueza producida.

Los términos del acuerdo se apoyan en los éxitos económicos y sociales alcanzados y en la comprobación de que la calidad de vida es mejor que la de los ancestros, y el bienestar es el dosel sagrado de las sociedades. Eso lleva a pensar que la prole –los hijos– tienen más oportunidades. La movilidad social ascendente no tiene misterios, las expectativas se cumplen mediante el acceso al trabajo, la educación y el manejo del estatus social. En todo caso, la fe y la confianza se extienden por doquier mientras el trabajo es el derecho asequible y la educación facilita la transición de un estatus social a otro. Si la movilidad social –ascensor social– es el motor de la historia, la revolución del bienestar es la forma externa del éxito de esta revolución. Es de tal fuerza que, al menos, las tres últimas generaciones de europeos no conciben la vida de otra manera, como si el bienestar fuese la expresión de la revolución cultural que naturaliza las consecuencias del crecimiento económico y transforma los éxitos del bienestar en razones de la civilización occidental. El bienestar, junto con la revolución de los derechos de la mujer, las transformaciones demográficas, las mutaciones tecnológicas y la globalización, son los cinco cambios que mejor definen el siglo *xx*.

La máxima –el principio– está anclada en algo parecido a la genética social: *que los hijos tengan una vida mejor que la de sus padres*. Tenerla significa más y mejor calidad de vida. Esta se asocia con la posesión de bienes materiales, estatus y calidad de vida: mejor vivienda, acceso a medios de consumo, trabajo, salario digno, seguridad laboral, vinculaciones sociales y reconocimiento social. Los bienes perseguidos y la movilidad social legitiman los recursos empleados para alcanzar los objetivos. Si se cumplen las cláusulas, los ciudadanos respiran tranquilos y transforman la revolución del bienestar en el referente y la oportunidad para sus vidas.

El contrato faculta el acceso a los bienes materiales y provoca la sensación de que el mundo es seguro, ordenado, y que las cosas estipuladas funcionan como si fuesen la red donde se socializan los individuos y las promesas se transformasen en realidades. Por ejemplo, la secularización de la vida traslada la religión a mundos significativos no obligatorios, se puede optar y elegir entre varias ofertas en el mercado de valores religiosos (Berger, 2016). Con la política ocurre otro tanto, los ciudadanos se sienten seguros porque se saben protegidos por las instituciones estatales cuando cumplen con la función que cita N. Luhmann (1993); las compensaciones por los reveses de la vida se interiorizan como derechos ciudadanos. El ciudadano confía y naturaliza los logros que consigue con la política, de tal suerte que las instituciones que dependen de esta se transforman en la oficina de reclamaciones a la que puede accederse si tienen algún percance, se deterioran los derechos o ponen en tela de juicio los beneficios sociales alcanzados.

Las instituciones crean marcos de seguridad y espacios donde recoger, reivindicar los derechos y trasladar los quebrantos para alcanzar las recompensas adecuadas a las expectativas forjadas. La emoción y la emotividad de la política, la búsqueda del interés general y la participación en la toma de decisiones quedan lejos del ciudadano y cuando les interesa participar se mueven con acciones, aspiraciones, esferas y formas de acción no ligadas a la organización formal de las instituciones oficiales. La parte del contrato social funciona si el equilibrio se mantiene y el ecosistema se presenta con éxitos bajo el brazo, con la posesión de medios materiales y la conexión entre expectativas y oportunidades. Mientras tanto, el Estado asegura, organiza y protege el funcionamiento del ecosistema socioeconómico. Cuando se rompe el equilibrio –las crisis económicas, por ejemplo, hacen tambalear las conexiones entre bienes, sociedad, expectativas y oportunidades–, el Estado sufre para cumplir con las funciones encomendadas y los ciudadanos no confían en lo que parece estable y seguro. Los referentes se mueven desde las colinas que ocupan y gestan la sucesión múltiple e ininterrumpida de fracturas, la ruptura del orden y las llamadas al desorden.

El origen de la situación se encuentra, como escribe J. Gray (2006), en que hace doscientos años Europa se ve como el mundo modelo, el tipo ideal al que pueden imitar los demás si aspiran a ser sociedades desarrolladas y democráticas. Respaldada por el poder económico y militar, parecen superiores a las de otros mundos. La mayoría de los europeos no dudan de que a lo largo de los siglos *xix* y *xx* los valores serán aceptados en todas las partes del universo. Modernidad y occidentalización caminan al mismo ritmo y la relación entre modernidad-Occidente-democracia establece los términos de los contextos occidentales y el modelo de referencia de las sociedades que aspiran a llegar a ser como ellas.

F. Zakaria (2003; 2021) resume el argumento. Sugiere que cualquier país que desee convertirse en democracia liberal debe soñar con desarrollarla igual que en Occidente. Sin duda, la opinión es compartida por otros autores porque –deducen– que

formar parte del mundo occidental, aunque no sea en los países del centro, supone tomar ventaja frente a los que se ubican en otros lugares. En todo caso, la posición de la modernización clásica, oriunda de Occidente, tiene tiempo limitado porque las décadas finales del siglo xx y las primeras del xxi demuestran la emergencia y el poder de otras regiones del mundo, Asia Oriental, sobre todo, que no responden al paradigma creado en el mundo occidental.

2.2. La emergencia del nuevo espacio global

B. Milanovic (2020: 10) concreta la construcción del nuevo espacio global. Dice que el primer hecho que tener en cuenta es el establecimiento del capitalismo, no solo como sistema socioeconómico dominante, sino como único sistema del mundo. El segundo es el equilibrio del poder económico entre Europa y Norteamérica, por un lado, y Asia, por otro, debido al auge de esta última región del mundo. Por primera vez, desde la primera revolución industrial, las rentas de los habitantes de las grandes áreas geográficas son cada vez más similares, volviendo a los mismos niveles que tenían antes del citado momento histórico. El dominio incontestado del modo de producción capitalista tiene su equivalente en el criterio ideológico incontestado que considera que el lucro es el objetivo más importante de la vida del individuo. Este es el incentivo que entienden mejor las personas en todos los rincones del mundo y en todas las clases sociales.

No obstante, afirma Milanovic (2020: 13), el dominio del mundo ejercido por el capitalismo se logra con dos tipos distintos de organización social:

1. El capitalismo meritocrático liberal que ha venido desarrollándose gradualmente en Occidente, a lo largo de los últimos doscientos años.
2. El capitalismo político autoritario dirigido por el Estado, ejemplificado por China, y en otros lugares de Asia (Singapur, Vietnam, Birmania), algunos de Europa y África (Rusia, Asia Central, Etiopía, Argelia y Ruanda).

La interacción entre las grandes regiones reseñadas –Oriente y Occidente– es intensa, continua, y los niveles de renta son más altos. Ambas partes del mundo, Europa Occidental, América del Norte y Asia, dan cabida al 70 % de la población del planeta y al 80 % de la producción mundial. Se encuentran en contacto a través del comercio, las inversiones, la circulación de personas, el intercambio de tecnologías e ideas. La rivalidad es más intensa de lo que lo habría sido de no ser porque los sistemas socioeconómicos, aunque con similares medios, no son idénticos. El reequilibrio geográfico pone fin a la superioridad de Occidente dada por supuesta en los dos últimos siglos.

Nunca en la historia la superioridad de parte del mundo sobre otra había sido tan grandes como la de Europa sobre África y Asia durante el siglo XIX. La desigualdad en materia de rentas cambió de forma espectacular a partir de los años ochenta del siglo XX. Las reformas económicas y sociales en China conducen al crecimiento anual de alrededor del 8% durante los siguientes cuarenta años, reduciéndose la distancia que la separa de Occidente. Hoy el PIB de China se encuentra más o menos al 30%-35% del nivel de Occidente. La revolución económica en China vino seguida por la aceleración del crecimiento económico en India, Vietnam, Tailandia, Indonesia y otras partes de Asia. El crecimiento provoca el incremento de las desigualdades dentro de cada uno de los países en cuestión (especialmente China), pero la desaparición de la brecha existente con respecto a Occidente contribuye a reducir la desigualdad de las rentas.

La convergencia de las rentas asiáticas con las de Occidente tiene lugar durante la revolución tecnológica de las TIC, que favorece a la región asiática (B. Malinovic: 14-21). La transformación contribuye no solo al crecimiento más rápido de Asia, sino a la desindustrialización de Occidente, que a la vez no es distinta a la que experimenta India, provocada por la presión inglesa durante el siglo XIX. Así pues, hay dos periodos de aceleración de los cambios tecnológicos que marcan la evolución de la desigualdad global. Los efectos de la revolución de las TIC todavía no han desaparecido en muchos aspectos ni son similares a los de la primera revolución industrial; son la remodelación de las rentas en todo el mundo, en virtud de la cual unos progresan y otros decaen junto a la significativa concentración geográfica de ganadores y perdedores.

Resulta útil ver las dos grandes revoluciones tecnológicas como imágenes recíprocas: una da lugar al aumento de la desigualdad global a través del enriquecimiento de Occidente y la otra a la convergencia de las rentas en amplias zonas del planeta a través del enriquecimiento de Asia. El reequilibrio económico del mundo es geográfico y político. El éxito económico de China socava las pretensiones de Occidente que dice que hay vínculos entre capitalismo y democracia liberal, pero no solo es la mutación económica la que conduce a esa meta. La pretensión es cuestionada en Occidente por los desafíos a la democracia liberal planteados en algunos de los países por movimientos populistas y plutocráticos.

El reequilibrio del mundo pone la experiencia asiática en la vanguardia de la praxis en torno al desarrollo económico. El éxito de Asia provoca que el modelo resulte atractivo para otros países, y puede que determine las opiniones acerca del desarrollo y el crecimiento económico, de manera similar a como Gran Bretaña y Adam Smith influyeron en la forma de pensar de Occidente en los dos últimos siglos. Siguiendo la citada obra de B. Milanovic (2020: 18), a lo largo de las últimas cuatro décadas los cinco países más grandes de Asia juntos (excluida China) tienen tasas de crecimiento per cápita más altas que las economías occidentales, y la tendencia no es fácil que cambie. En 1970, Occidente era el responsable del 56% de toda la producción mun-

dial y Asia (incluida Japón) solo del 19%. Hoy esa proporción es del 37% y el 43% respectivamente.

El malestar que causa, sobre todo en Occidente, la globalización se debe en parte a la brecha entre las élites a las que les ha ido muy bien y el número significativo de personas que no han visto beneficios en el proceso, están molestas con el proceso y con razón o sin ella, consideran que el comercio global y la migración son causas de todos los males. Se adivina que los dos tipos de capitalismo, el meritocrático liberal y el político, compiten uno con otro. Lo cierto es que el segundo tipo posee características que lo hacen atractivo para las élites políticas del resto del mundo y no solo de Asia. El sistema les proporciona autonomía y resulta atractivo porque promueve altas tasas de crecimiento económico. Por contra, el capitalismo liberal tiene ventajas conocidas. La más importante es que la democracia y el imperio de la ley son valores en sí mismos y ambos, posiblemente, se atribuyan el fomento del desarrollo económico más rápido porque favorecen las innovaciones, permiten la movilidad social y ofrecen oportunidades de éxito a los ciudadanos. Es el incumplimiento de otros aspectos fundamentales del sistema de valores occidentales, a saber, la tendencia de la clase alta empeñada en perpetuarse y a la polarización entre las élites y el resto de la sociedad. Lo que representa la amenaza más grave para la viabilidad a largo plazo del capitalismo liberal.

La cuestión es que no hay elementos prefijados ni determinados que expliquen el éxito o el fracaso de la modernidad y de la democracia, es decir, las respuestas a las preguntas de por qué unas sociedades evolucionan en un sentido y otras en otro no son fáciles de responder ni parece que existan, al menos a priori, características nacionales o rasgos definitivos que deslinden el terreno de juego de las respuestas infalibles. La modernidad occidental se consolida gracias al crecimiento económico, cierto grado de bienestar material, redistribución de la riqueza, estabilidad política, movilidad social ascendente y la creación de un sistema institucional eficiente. Lo que los hechos permiten es representar las nuevas condiciones de vida y exhibir ante el mundo que el progreso tiene probabilidades de éxito si coincide con el desarrollo económico. Es como si estando dentro, perteneciendo al club y pagando el peaje del derecho de admisión, se promoviesen el desarrollo económico y la movilidad social ascendente. El éxito de Occidente no consiste en regalar al mundo el sistema de creencias contenido en los valores angulares ilustrados –libertad, igualdad, fraternidad– o los procedimientos de convivencia para incrementar la calidad de las estructuras de la vida buena, sino desarrollar y ofrecer al mundo el aparato económico capitalista que pretende, desde la desigualdad estructural, fomentar la igualdad económica a través del desarrollo económico y social accesible a todos los ciudadanos.

Pensar o imaginar Occidente es mirar el bienestar, el desarrollo económico, la movilidad social, las libertades civiles, la redistribución de la riqueza y la mejora de

las condiciones de vida de las poblaciones que se acogen estas formas de vida. La democracia es la compañera inseparable del desarrollo, por más que no todos los países desarrollados o en vías de serlo son necesariamente democráticos –véanse, por ejemplo, los casos de Singapur o China–, pero el modelo funciona razonablemente bien en casi todos los casos. Esto no significa que los países democráticos sean el paraíso terrenal, pero es la fórmula que mejor se aproxima al ideal de la modernidad occidental; de hecho, el indicador repetido para hablar de éxito o fracaso de los procesos democratizadores es la renta per cápita. La importancia del logro procede de la doble tensión que crea entre: *a)* el bienestar económico-democracia o; *b)* la imposibilidad de alcanzar los mínimos necesarios para asentar esos valores.

¿Por qué afirmamos esto? Consolidar el sistema democrático se revela como una tarea ardua para los países no occidentales, incluidos los latinoamericanos de rentas medias. Hay un hecho en el que casi todo el mundo está de acuerdo: la renta per cápita garantiza el éxito político de la democracia, con lo que la economía es el factor destacado para explicar el éxito o el fracaso de los procesos de consolidación democrática. En el año 1959, S. Lipset (1959) formula la siguiente hipótesis: cuanto más rico es un país, mayor es la probabilidad de que su democracia perdure.

Sin ser escrupuloso en la interpretación de la hipótesis, conduce a un hecho relevante: la situación de la economía marca fronteras, y no solo, por supuesto, económicas, sino sociales y políticas, porque, cuando los países se desarrollan y pueden cumplir con requisitos como el reparto de la riqueza, el acceso al trabajo, la movilidad social o un grado razonable de bienestar, están en mejores condiciones para desarrollar la cultura y las tradiciones que conforman las capacidades necesarias para apuntalar el sistema democrático. ¿Eso quiere decir que solo cuando producen los mínimos de bienestar tienen esperanza las sociedades de sostener la democracia y consolidarla? Es evidente que la respuesta a la cuestión debe ser positiva, aunque quepa hablar de excepciones –quizá la más llamativa es India–.

Dos politólogos, A. Przeworski y F. Limongi (1997), estudian el desarrollo socioeconómico de los países del mundo entre 1950 y 1990. Calculan que, si un país aspira a la democracia y tiene la renta per cápita inferior a 1 500 dólares, el régimen tiene una esperanza media de vida de ocho años. Entre 1 500 y 3 000 dólares, sobrevive de media unos dieciocho años. Por encima de los 6 000 dólares se vuelve resistente –la probabilidad de que un país con estas características desaparezca era de una probabilidad entre 500–. Hay una pregunta que cabe hacerse: ¿por qué unos países tienen éxito y otros fracasan? Puede explicarse que el éxito depende del trabajo de la economía y de los agentes que la desarrollan. En todo caso, no se puede prever si un país alcanzará el estatus democrático si no tiene en cuenta la compleja combinación de factores históricos específicos, pero puede responderse mejor a la cuestión de por qué perduran. La mejor respuesta es que debe mantenerse el bienestar, la riqueza material y las convenciones sociales para que sean bienes asumido por toda la ciudadanía.

2.3. La promesa asiática: la mirada hacia Oriente

Otras miradas ganan adeptos entre los que contemplan los edificios de la solvencia occidental. La mirada al Sureste Asiático es una de las posibilidades que se ofrece. Las razones las resume bien U. Pipitone (2003: 325). Varias economías de la región –dice el autor– dan el salto más allá de las trampas del subdesarrollo, lo que entrevé la puesta en marcha de la corriente ascendente secular, similar a la occidental, de productividad y bienestar social. El reforzamiento de conexiones tecnológicas, comerciales y financieras crean intereses comunes capaces de evolucionar hacia nuevas formas de cooperación e institucionalización de diversos intereses regionales. Asia Oriental es uno de los protagonistas económicos del mundo y es difícil imaginar (a menos de impredecibles turbulencias políticas catastróficas) que la situación sea reversible. Como América del Norte y Europa, Asia Oriental está entrando en el nuevo ciclo de la historia, y las enseñanzas del pasado no son suficientes para alumbrar el camino hacia el futuro.

¿Hay un modelo general que conecte unos países con otros? Es excesivo concluir que exista tal cosa, aunque hay correspondencias que tener en cuenta (Pipitone, 2003: 328-329). En primer lugar, los países experimentan la primera fase de sustitución de importaciones que transita a estrategias exportadoras de manufacturas. Inicialmente son productos de baja intensidad de capital y demanda mundial para transitar después a productos de tecnología sofisticada con la creciente dotación de capital por trabajador. En estos casos, hay que destacar la capacidad pública para fijar escenarios de comportamiento colectivo. Los niveles de ahorro interno complementados con la disponibilidad de ahorro regional terminan por alimentar la red productiva en la que cada nuevo país fortalece la capacidad de todos los demás.

Las reformas agrarias contribuyen a la generación de ahorros, la absorción de mano de obra excedente y a la formación de mercados locales con nuevos encadenamientos productivos. Evitan, además, procesos descontrolados de urbanización con la consiguiente orientación de los recursos fiscales hacia usos escasamente productivos. Hay relativa equidad en la distribución del ingreso. En el ciclo de crecimiento acelerado y transformación estructural de las economías asiáticas, la forma política dominante es el régimen autoritario que proporciona tres *inputs*: creación de Administraciones públicas con un alto grado de eficacia administrativa, estrecha vinculación entre alta burocracia y empresas privadas, y relativo aislamiento del quehacer político de las presiones sociales circundantes.

Si tomamos como ejemplo Singapur, puede coincidir en que es uno de los milagros de los últimos setenta años. Los habitantes disfrutan de altos niveles de vida, buenas escuelas, hospitales, y el Estado solo invierte el 17% del PIB en gastos sociales. Singapur es más autoritario, más intervencionista, más jerárquico que los países occidentales y más elitista. Dicen J. Micklethwait y A. Wooldridge (2015: 129):

Es un pequeño Estado vigilante nocturno que proporciona a la gente las oportunidades que necesitan para levantarse y luego los deja resolver su propio bienestar. Siempre que no cuestionen el orden social, los ciudadanos de Singapur tienen un enorme control sobre cómo gestionar su salud y solucionar su vejez.

El modelo de modernización desafía dos principios básicos del Estado occidental: el Gobierno tiene que ser democrático y debe ser también generoso. Kishore Mahbubani (2002: 191), dice:

Cuando Singapur obtuvo su independencia en 1965, sus líderes se sintieron preocupados antes que dichosos frente a la idea de que una diminuta ciudad-estado insular de 2 millones de habitantes y carente de territorio interior pudiera sobrevivir en la que era una región difícil y agitada. Así, lo notable no es que haya desafiado a las circunstancias, sino que se haya convertido en una de las naciones más exitosas del mundo.

La modernización en esta zona del mundo no regula la relación entre el establecimiento de la democracia liberal y el crecimiento económico; instaura la democracia autoritaria basada en liderazgos fuertes. Hay autores como Stanley Tambiah (1992) y Tu Wei-Ming (1996) que estudian la aportación de la doctrina confuciana a la modernidad asiática. Rechazan la noción del individuo cerrado en sí mismo y se centra en el papel de los colectivos, la cohesión y las conexiones sociales.

La economía crece con un índice superior al 7 % anual desde la independencia en 1965, lo que deriva en el noveno ingreso anual per cápita del mundo. Como cuenta K. Mahbubani (2002:192) las prescripciones políticas que permiten lograrlo son simples:

Sostenimiento de una economía libre y abierta, eliminación de los subsidios, apertura a la inversión extranjera y busca de superávit presupuestario. El trabajo arduo, el ahorro y las virtudes implicadas por el incremento de la productividad laboral fueron permanentemente alentados.

Las políticas no se ajustan ni al paradigma capitalista ni al socialista, están animadas por el pragmatismo, la apertura a la experimentación y la innovación. El 90 % de la población habita viviendas públicas que cubren el sexto del territorio; el sistema de salud está cofinanciado, la educación no es totalmente gratuita, pero el 90 % de los escolares concluye al menos 10 años de estudio, el 20 % termina estudios superiores y el 40 % realiza estudios politécnicos.

La imagen que construyen J. Micklethwait y A. Wooldridge (2015: 130) es descriptiva:

Es una especie de Mary Poppins: no solo es una niñera maravillosa, sino también muy mandona y quizá un poco siniestra.

Dijo Lee Kuan Yew (1998) en una ocasión:

Nosotros decimos lo que es correcto, no importa lo que la gente piense.

La descripción es interesante porque se introduce en otro axioma básico: la convicción de que una democracia real, sin controles desde el poder, no funciona en los países en desarrollo, claramente va más allá de su propio interés.

El líder de Singapur, Lee Kuan Yew (1998), dejó escrito que lo que un país necesita desarrollar es la disciplina más que la democracia. El buen gobierno se basa en la elite educada que gestiona el país. La praxis del Estado está acorde con este principio. La tradición del mandarinato atraviesa la definición del buen gobierno y la selección de las personas con más talento para el gobierno detecta precozmente jóvenes con talento e invierte en su educación. Quienes superan la selección son recompensados con salarios elevados, mientras que los que no superan las pruebas quedan olvidados. En un sistema de estas características, la meritocracia es la clave de la organización del sistema político, las pruebas y los exámenes son omnipresentes.

Las élites están al día sobre las nuevas ideas de gestión y dispuestas a importar los métodos de éxito del sector privado al público. No atraen, en cambio, el estado del bienestar de estilo occidental. La política de subsidios no es algo con lo que se identifiquen, están convencidos que la democracia es una parte del problema de Occidente. Así lo señalan Micklethwait y Wooldridge (2015: 134):

En una democracia popular, para ganar votos hay que dar más. Y para vencer al oponente en las próximas elecciones, hay que prometer dar aún más. Es un proceso indeterminado de subastas cuyo coste es que la deuda la pague la siguiente generación.

El mensaje es sugerente por tres razones. La primera, a los nuevos Estados de Asia que compiten entre sí les falta un modelo que canalice los deseos alimentados por el resurgimiento del nacionalismo y la demografía. El estado del bienestar se basa en seguros sociales, como en el caso de Singapur.

La segunda razón es la crisis del modelo occidental de democracia y el capitalismo de libre mercado. Se comparten tres convicciones:

1. La democracia occidental ya no es eficaz;
2. Tanto el capitalismo como la sociedad necesitan ser dirigidos;
3. Encontrar la buena forma de gobierno es la clave del éxito y la supervivencia del régimen (Micklethwait y Wooldridge, 2015: 138).

El resultado es que el modelo de Asia resulta cada vez más atractivo para las élites occidentales. La mayoría de los Estados de la región ven lo que sucede en Occidente,

empiezan desde cero y la tecnología les proporciona la oportunidad de dar el salto hacia mejores sistemas sociales. Es más fácil construir el nuevo sistema que pararse ante el sinfín de sistemas a seleccionar por los que debe optar y reducirlos o eliminarlos.

La tercera razón es obvia y evidente; se percibe como alternativa porque intenta poner en práctica el nuevo referente político fuera de la tradición occidental. La historia enseña –recuérdese la tesis de la *balcanización* de J. Diamond (2006)– que si los países compiten para producir un mejor gobierno tienden a elevar los estándares medios de eficacia en la gestión de los asuntos públicos. La llamada de atención de J. Micklethwait y A. Wooldridge (2015: 156) es interesante:

Si uno desea ver el futuro de la educación superior, ¿puede aprender más de los Estados Unidos y Francia, donde el 40% y el 25% de los estudiantes abandonan, o de Corea del Sur, que tienen la mayor proporción de universitarios del mundo? Si se quiere establecer un sistema de pensiones, ¿se tomaría como modelo la Seguridad Social de los Estados Unidos o el *Central Provident Fund* de Singapur?

El problema de fondo lo recoge K. Mahbubani (2002: 26):

Hay un increíble desempeño económico de las sociedades del este de Asia en los últimos decenios. Hoy estas no se creen condenadas a imitar; saben que pueden hallar sus propias soluciones. Han visto que los asiáticos ya no juzgan que las sociedades occidentales sean el modelo que seguir. Comienzan a creer que pueden intentar algo diferente; la elevación del nivel de vida de un creciente número de asiáticos por encima del grado de subsistencia les confiere la necesaria libertad económica para pensar, reflexionar y redescubrir la herencia cultural. Ello da origen a la conciencia cada vez más aguda de que, como en las occidentales, sus sociedades poseen un rico legado social, cultural y filosófico que pueden revitalizar en beneficio de su evolución.

El modelo es un desafío por una razón: funciona. El pragmatismo socio-estatal indica que otras formas de organización son posibles y pueden funcionar. En la búsqueda que emprende el mundo occidental, Asia y su paradigma, en concreto el caso de Singapur, puede ser para algunos el referente que puede sostener tasas de crecimiento económico, calidad de vida y cohesión social. Estos bienes no tienen por qué buscarse –exclusivamente– en los anales de la democracia liberal europea o norteamericana, como si pudiese ser el instrumento que se emplea a gusto de cada cual, al margen de la longevidad y la enorme carga cultural que arrastran. La fascinación por la crisis camina en paralelo con la mirada sobre Oriente, aunque pueda pensarse que son las obras de restauración para el viejo edificio occidental, y siendo así, mejor nos quedamos como estamos. Pero la alternativa existe y no está o no parece encontrarse solo en Occidente.